

I

Antes que la soledad me aplastara y me hiciera añicos, sabía perfectamente que mi matrimonio se había desgastado lo suficiente como para predecir un fin brusco. Desconocía cuándo iba a suceder lo inevitable, aun habiéndolo imaginado de mil formas con escenas de impotencia y de una tristeza torpemente infinita, un sentimiento de vacío atroz, algo liberador, vale decirlo, pero vacío casi insoportable en definitiva: la confirmación de no ser mirado con ojos amantes, de no ser cuidado con un toque de sensual vigilancia, de no ser acariciado o agarrado con la fruición de lo pasional en el territorio del sexo, hacía tiempo que eran cosas que se habían convertido en sombras cotidianas. Y en esa cotidianidad residía la predicción: si no hoy, mañana llegarán de sus labios las nefastas palabras, el titular de la jornada entrante contendrá el término *abandono*, la frase circunspecta, el tono lánguido pero irrefutable de aquel dotado para afirmar o negar algo sin pizca de duda.

Pero las palabras no arribaron al puerto, no llegaron a desembarcar, se insinuaron en la orilla y se fueron mar adentro de nuevo hasta perderse, y fue entonces cuando la soledad, en medio de la incertidumbre, se hizo aplastante en un sentido casi literal: sentía sobre mi cabeza un peso indeterminado, sobre mi corazón y mis pulmones una cámara de aire que hinchaba el pecho con palpitations parecidas a las cosquillas. Me entraba hambre a la vez que me flaqueaban las piernas. Tenía tantas ganas de llorar y de morirme de forma estúpidamente trágica como de sentarme con tranquilidad a tomar una taza de café viendo una serie televisiva de humor. Hubiera salido a la calle de tener la certeza de que alguien me iría a recoger cual malherido de guerra.

Mi peor enemigo, el miedo materializado en secuencias donde yo y siempre yo era apartado, denigrado, alejado del camino, había hecho acto de presencia mucho antes de los días en que Carolina, sin palabras pero con gestos y hechos y sensaciones, no me dijo lo que me temía oír casi con la ansiedad del condenado a ser ejecutado un día indeterminado. El terror fue encontrar en el hipotético amor de toda la vida un alma que, con su mirada y su cuerpo, hablaba con el pragmatismo de un oficinista al que solo le interesa

solucionar un problema ajeno lo antes posible y con la máxima economía de medios.

No encontré vías para el reproche o la justificación, pues la ausencia de palabras conduce a respuestas sin demasiado sentido. Me quedé mudo, distante, sin saber qué hacer. De repente me estorbaba a mí mismo, me preguntaba qué hacía allí yo en ese momento, para qué no escuchaba esas frases que reunían de forma antológica las advertencias e insinuaciones que Carolina había ido soltando durante los últimos años, de modo ascendente, repetitivo, agrio, sin toques de diálogo reparador, de esfuerzo ya por la reconducción de las emociones.

Lo muerto no puede resucitar. O puede renacer con el ensueño de las ganas por mentirse a uno mismo, como ocurre cada día, como de continuo todos los seres que hormigean por el mundo hacen para seguir asidos a la breve existencia. A Carolina también le debía dar miedo someterse a un salto vertiginoso, a ciegas y sin red debajo, que corroborara el tesón por decirse que una etapa había concluido. A mí me entraba pánico por lo desconocido, que no brotaba del estricto presente sino que conectaba con mil caminos anteriores: otros abandonos y otras penas que me habían hundido en el prejuicio de que yo mismo iba a acabar mal con esos antecedentes, que la apuesta por una vida mejor en realidad era un sueño mal interpretado, que la pesadilla no tardaría en venir, que lo malo acabaría por manifestarse.

La noche de aquel día había sido un poco dura: mi hijo mayor me había llamado varias veces para que acudiera a su cama para tapanlo, y en la última ocasión, medio sonámbulo por la casa a oscuras, buscando a tientas el cuarto de baño sin encender las luces para no acabar desvelado del todo por la luz que encendía todas las miserias que encharcaban mi mente, choqué con el marco de una puerta, haciéndome un corte en la sien y un considerable chichón. Pasé un instante de aturdimiento en el que el tiempo no sé si se detuvo o se aceleró: era más bien una sensación de estar fuera de él, y al fin regresé a la cama para quedarme en duermevela un rato más.

Fue horas después, ya solo en casa, con Carolina en el trabajo y los niños en el colegio, metido entre las cuatro paredes de un futuro que me asfixiaba, cuando recibí la llamada de Hildur. Era una mañana de invierno gris, pesada, como de resaca tras una noche de lluvia, sin viento ni frío:

—¿Hola...? ¿Sí...?

—Por mi voz, no me conocerás, pero sabrás enseguida quién soy... —La voz, en efecto, no me era familiar, o tal vez la de una amiga de la juventud.

—Lo siento, no caigo ahora...

—He venido a Barcelona a verte, sé que lo estás pasando mal.

—De acuerdo, dime por favor quién eres. —Me estaba empezando a poner nervioso, y en aquellas fechas me costaba muy poco sentir el corazón acelerado.

—Mi nombre es Hildur y tú me creaste.

Después vino el silencio. El suyo y el mío. Uno de esos silencios terroríficos con los que Carolina había conseguido ponerme nervioso, titubeante, entregado al destino que ella marcará...

Inmediatamente me senté en la confortable silla giratoria donde me ponía a trabajar delante del ordenador —en los días en que escribir significaba trabajar y no como ahora, una simple terapia para deprimirme dentro de la melancolía— y permanecí unos segundos callado, a la espera de que aquella voz completara lo que tenía que decir. Solo había habido una Hildur en mi vida, pero era de tinta y papel.

—He salido de donde me dejaste, y he venido a verte. Ahora estoy en el aeropuerto. Imagino que estarás sorprendido. —El tono de su voz resultaba infantil, como si jugara conmigo a las adivinanzas y disfrutara al notar mi nerviosismo.

—Si es una broma, has acertado; me has pillado —contesté ya con un timbre de voz bajo e inseguro que pretendía sin lograrlo pasar por irónico.

—No es ninguna broma; mira a tu derecha, en el cajón donde guardas lo que escribiste sobre mí. Me dejaste en una aldea, en una cabaña con el resucitado Hans. Tú me ayudaste en aquel momento a recuperarlo, y ahora yo voy a hacer contigo lo mismo con Carolina. Si quieres... Lo muerto sí puede renacer, parece mentira que teniendo tanta imaginación para los dramas no tengas espacio para las cosas positivas.

Colgué de inmediato y sentí que me faltaba el aire. Abrí bruscamente la ventana y tomé el oxígeno que parecía faltarme en medio del pecho, hacia arriba en la garganta, en el aliento de la boca abierta de asombro y ahogo. El cielo continuaba monótono, una capa sucia sin nubes, y llegaba hasta mí algún

sonido lejano, alguna obra en algún edificio, algún grito de un niño en el colegio cercano al que iban mis propios hijos. (Mis hijos risueños y maravillosamente inocentes que no sabían lo que les iba a ocurrir porque yo mismo lo desconocía.) Apoyé las manos sobre las rodillas y respiré hondo, dándome tiempo a que los latidos se fueran apaciguando.

Será producto de mi estado de miedo, de turbación, me dije al ponerme derecho, y volví dentro de casa con las piernas temblorosas, palpando las paredes del estudio donde me sentaba cada día a escribir como si una brisa de arena hubiera chocado con mis ojos.

Pero el teléfono volvió a sonar.

La curiosidad, esa curiosidad malsana que últimamente había desarrollado por saber qué sentía y pensaba Carolina de nuestra situación, las ganas por discernir enseguida que esa llamada era falsa, que solo había acontecido en mi imaginación, me llevó a descolgar violentamente. Era de nuevo ella, aquella que se hacía llamar Hildur porque un día yo la bauticé así.

—Estoy en el aeropuerto. ¿Vienes a buscarme o cojo un taxi?